

Epílogo. A las que zarandean. Reflexiones sobre un proceso colectivo de escritura y acompañamiento

Marina Montoto Ugarte¹, María Laura Martín-Chiappe²

Sumario. 1. Una carta. 2. De una comunidad científica a una comunidad afectiva. 3. Escribir junto a otras: tejiendo autorías compartidas y autoridades colectivas. 4. El feminismo como un lugar de encuentro. Investigaciones y saberes feministas acerca de la violencia. 5. A las que zarandean: una última (o primera) invitación. 6. Referencias citadas.

Cómo citar: Montoto Ugarte, M., Martín-Chiappe, M. L. (2022). Epílogo. A las que zarandean. Reflexiones sobre un proceso colectivo de escritura y acompañamiento, en *Revista de Antropología Social* 31 (2), 253-257.

1. Una carta

Cómo empezar de nuevo. Cómo aproximar la intimidad y la intermediación que quiero. ¿Cuál forma? Una carta, por supuesto.

Gloria Anzaldúa (1988)

Escribe la filósofa feminista Carolina Meloni en su *Epístola apócrifa a un huaco retrato*³ que no hay nada más confesional que una carta. Nada más confesional y menos académico, añadiríamos nosotras. Pues una carta, más allá de la reflexión, objetivación y construcción que supone el propio hecho de escribir, implica –si quien escribe se anima– una posición encarnada que desvela no solo su identidad, sino también sus juicios parciales, sus ruegos más sinceros, sus preocupaciones, sus pensamientos más cotidianos, y las emociones que le impregnan. Una carta, además, siempre va dirigida a alguien, se decida finalmente enviarla o no; hay un otro u otra al que nos estamos dirigiendo. Una carta forma parte de un diálogo, forma parte de algo más: teje conversaciones que quedarían suspendidas en la distancia.

Escribir una carta pareciera, entonces, un ejercicio de herejía ante lo que en un primer momento debiera ejercer en su práctica científica un *homo* –por algo es *homo* y no *feminae*, todo hay que decirlo– *academicus* (Bourdieu, 2008). Porque todavía a día de hoy, aún dentro de las ciencias sociales –incluso en antropología–, nos siguen enseñando –especialmente– a las *científicas* a producir una escritura que no desvele nuestra posición ni nuestros agenciamientos en la investigación, que imparta conocimiento en vez de construirlo en común. Que nunca dude –de sí misma, o en todo caso solo de sus hipótesis hasta que sean probadas–, que siempre razone –si alguien sabe qué quiere decir razonar puede expli-

cárselo a estas investigadoras cada vez más dudosas–, que se mueva en el saber como si de una competición, y no una conversación, se tratase. Que, promoviendo la falacia de ese *homo academicus*, esa persona no se vea afectada ni cuestionada por ese mismo conocimiento o realidad a la que se confronta, situada unos escalones por encima, lo más protegida posible, lejos de ser arrasada por “sus objetos [sujetos/as]” de estudio; y por sus propias emociones como miedo, inseguridad, dolor. Más aún, cuando ese conocimiento está íntimamente relacionado con contextos de vulneración de derechos, violencia y sufrimiento social, pretenden que seamos imparciales, desapegadas, objetivas.

Justamente por eso elegimos una carta para despedir este monográfico. Una carta que escribimos a todas las autoras que lo han hecho posible, pero también a todas sus lectoras y lectores potenciales. Quizás también un poco a nosotras mismas. Porque la carta, tal y como la hemos descrito arriba, con sus posicionamientos y sus diálogos, refleja de manera mucho más fiel el proceso de escritura colectiva que pudimos compartir en la producción de esta publicación. Mucho más que tener que encajar(nos), como si fuera un disfraz impuesto que nos queda pequeño o por lo menos incómodo, en un formato de epílogo al uso. Una carta nos permite compartir, interpelar e invitar –también reconocer(se)– a todas “nuestras” lectoras el proceso atravesado, lo que nos ha sucedido y de lo que hemos intentado dar cuenta al realizar este monográfico. En qué consiste eso, tendréis que seguir leyendo para averiguarlo. Las cartas hay que leerlas hasta el final.

2. De una comunidad científica a una comunidad afectiva

Como contamos en el texto referente a la introducción, todo comenzó con una primera invitación y promesa

¹ Universidad Complutense de Madrid. mmontotougarte@gmail.com

² Universidad Autónoma de Madrid. mlmartinchiappe@gmail.com

³ <https://www.elsaltodiario.com/el-rumor-de-las-multitudes/cartas-mestizas-gabriela> (última consulta 11/07/2022)

para trabajar juntas en un conversatorio; este tenía como objetivo el desarrollar una reflexión dialogada sobre el trabajo común de memoria, investigación y activismo que desde diferentes miradas feministas venimos haciendo sobre distintos contextos de violencia política y sufrimiento social. Lo que se fraguó en un primer momento como una comunidad científica efímera se acabó convirtiendo, a lo largo de estos más de dos años, en una comunidad afectiva.

Pero os preguntareis, ¿esto cómo sucedió? La versión descriptiva retomaría los hitos que fueron definiendo nuestro trabajo de escritura colectiva, los enumeraría: el congreso, y la posibilidad de conversar en Euskal Herria, se truncó por la pandemia de la Covid-19, pero se presentó, sin embargo, la oportunidad de trabajar en un monográfico. Para desarrollarlo, las autoras fueron escribiendo sus textos, que se comentaron de uno en uno en sesiones online, y que, después de estas puestas en común, fueron “corregidos” o “modificados” por ellas mismas, para su versión final. Como paso previo, habíamos realizado un proceso de lectura colectiva y debate de textos sobre memoria, violencia o emociones, escritos por investigadoras mujeres. Pero en esta descripción estaríamos dejando de lado la dimensión más importante: la que da cuenta del proceso de escucha, interpelación y *afectación* por parte de todas las participantes.

Los afectos no circulan solos, sino que son las palabras las que generan efectos en nosotras, afectando nuestros cuerpos. En otros momentos o en otras circunstancias, sin pandemia ni encierros obligados, las palabras no hubiesen sido el “único” soporte de nuestras relaciones, sino que en los encuentros cercanos los cruces de miradas acompañados de sonrisas y medias sonrisas, las caricias en el brazo o el apoyo de la mano en el hombro, el acercar un vaso de agua en un momento de esos en los que el estómago se encoge de la emoción o faltan las palabras, serían soportes de esos afectos; demostraciones prácticas de afecto que nos afectarían. Sin embargo, pandemia mediante, las pantallas y sobre todo la búsqueda cuidadosa de palabras y tonos construyeron un espacio afectivo que traspasaba las fronteras (estatales y digitales). La pandemia se convirtió en una posibilidad.

Lo que sucedió a lo largo de las diferentes sesiones online de horas de duración, es que nos quitamos –todo lo que pudimos– nuestros disfraces de científicas que iban a impartir, medir o recortar su parcela individual de conocimiento, y nos dejamos afectar por nuestras palabras, por los textos de las otras que leíamos en voz alta, que nos generaban ecos y resonancias. También nos dejamos impactar por sus experiencias: unas del campo y la solidaridad, otras de haber vivido la violencia más directamente. Todas teníamos una disposición, una inquietud y un deseo de hacerlo, pero no sabíamos si todas podríamos quitarnos esos escudos –algunas más académicas, otras más militantes, etc.– para que aquello funcionase. Pero funcionó. Quizás ayudó el vernos todas en una situación de completa incertidumbre por la pandemia, escuchando lo que las otras sentían, pudiendo hablar y escribir desde la vulnerabilidad, la duda, y hasta cierta soledad (en común). Como decíamos, las palabras tienen efectos en el cuerpo: eso son los afectos.

Lo que acabó sucediendo es que, desde este proceso de afectación singular de cada una por los contextos, las preguntas y las inquietudes que traían las demás, la *comunidad científica* se acabó constituyendo en una *comunidad afectiva*, o como lo llama Jimeno, una comunidad emocional (2010). Nos dejamos transformar por las palabras de las otras, en contra de la posición del *homo academicus* que todo lo sabe o que solo viene a reificar su parcela de conocimiento, y, por tanto, su posición de poder, y para quien la experiencia es un dato y no la vivencia vital.

3. Escribir junto a otras: tejiendo autorías compartidas y autoridades colectivas

Y entonces nos pusimos a escribir. Y escribimos desde las cárceles vascas y mexicanas. Escribimos desde las tierras de Colombia y del Perú. Escribimos junto a Vivian Gornick, Gloria Anzaldúa, Eve Tuck y Silvia Rivera Cusicanqui. Escribimos emocionadas y conmovidas, a veces sin saber por qué elegimos escribir, y otras veces convencidas de que nuestros textos y palabras pueden hacer brotar otras ideas, palabras, luchas y complicidades en otros lugares. Escribimos desde las dudas de Laura, la alegría de Andrea, la espiritualidad de Aída, la lucidez de Diana, la convicción de Yira y la lucha de Olatz. Escribimos y leímos, no paramos de escribir y aprender mutuamente, porque sabemos que estas escrituras y lecturas arman una melodía que puede resonar en otros lugares, en otras mujeres, en otros cuerpos que padecen, sufren, luchan, se resignan, se deshacen, resisten, reflexionan, construyen y se articulan.

Es curioso, las que no pudimos escribir, pero leímos, ahora escribimos. Esto también fue otro regalo. Nosotras, por contingencias familiares, laborales y maternas, nos vimos imposibilitadas a escribir cuando los tiempos académicos lo exigían, y las otras compañeras nos invitaron a escribir el epílogo, con la generosidad que acompañó todo el proceso. Las que no pudimos escribir, ahora escribimos. Estamos escribiendo. En realidad, hemos escrito, porque hemos escrito juntas durante todo el proceso. La introducción es un buen ejemplo, que se escribió nada más y nada menos que a doce manos.

La realidad es que en este monográfico coincidimos algunas personas que realizaban su investigación doctoral, otras recién doctoradas en proceso de construir su camino académico, investigadoras postdoctorales –algunas que no lo eran al comienzo y en ello se transformaron durante el proceso–, e investigadoras asentadas que eligen seguir cuestionando y repensando la academia, la producción de conocimiento, y la legitimidad para hablar de los procesos de violencia en los que las víctimas tienen voz propia. En ese marco no todas teníamos las mismas necesidades a la hora de transformar esa mesa dialogada pensada para un Congreso Feminista en otra cosa, y una publicación compartida, un dossier en el que cupiéramos todas, nos daba la posibilidad de realizar parte del proyecto truncado, de conocernos, de dialogar y de producir. Asimismo, las diferencias generacionales más que dificultar el diálogo lo enriquecieron, y nos per-

mitieron compartir búsquedas e incertidumbres desde distintas genealogías políticas y epistémicas.

Sin embargo, probablemente, no hemos podido (ninguna) transitar este proceso como hubiéramos deseado, porque otra de las cosas que se han puesto sobre la mesa (y más con la vulnerabilidad expuesta con la pandemia) es la precariedad en la que nos encontramos las *jóvenes* investigadoras, donde la juventud no se mide por la edad (que también), ni por la experiencia, sino por el peldaño de la estructura académica en el que nos encontramos. Donde publicar no es una herramienta para compartir conocimiento, sino un baremo (más) de medida con el que subimos o bajamos en la escala de elegibilidad para un contrato o una beca; o para los procesos de ascenso para quienes cuentan con la fortuna de tener un empleo fijo en estas épocas de precariedad. Donde la competencia y la competitividad marcan muchas de nuestras decisiones, incluso entre mujeres, e incluso entre feministas. Donde el tiempo que le dedicamos a la reflexión, al campo o a la escritura, viene determinado por las posibilidades, elecciones y obligaciones de la vida diaria. Entonces transformar la mesa y el formato de las intervenciones en una publicación conjunta nos daba una oportunidad para no abandonar un ámbito que queremos y detestamos dependiendo del día y la hora, en el que deseamos mantenernos a la vez que no queremos hacerlo a toda costa y sin transformarlo desde su interior, con el que disfrutamos y sufrimos; un ámbito cuyas lógicas y dinámicas no compartimos, un ámbito que nos aboca a ser adversarias que disputan publicaciones y plazas en vez de aliadas que entrecruzan sus caminos y caminan juntas.

Y aquí, es donde nos encontramos, escribiendo juntas, tejiendo caminos entrecruzados. En este sentido, el proceso de escritura que implicó el modo de hacer de este monográfico nos permite ahora dar cuenta de una operación que solo podemos valorar *a posteriori*. Esta operación se podría describir como un quiebre con una de las categorizaciones más importantes que permean la academia contemporánea, como es la santa trinidad entre los conceptos de *autor*, *autoría* y *autoridad*. Este triángulo entre autor, autoría y autoridad implica una interpretación del saber como mercancía, como producto que hay que firmar y sellar como propio, y que, por supuesto, se ha hecho de manera individual sin ningún tipo de inquietudes, preguntas y afectaciones compartidas entre otras personas y referentes. Como si fuera posible que las ideas brotaran por ciencia infusa o divina providencia sin ningún tipo de contacto con *otras*, sean físicas o imaginarias, sean otras autoras que leemos o contra las que confrontamos nuestros pensamientos, o los y las grandes productoras de conocimiento con los que intercambiamos reflexiones en el campo que sienten y producen conocimiento, aunque no sean reconocidas como tales. Al mismo tiempo, esta concepción del *autor* construye frente a los otros científicos o autores su condición de *autoría*, a partir del reconocimiento de derecho que le permite reivindicar esa idea como suya, es una especie de *copyright* conceptual. Finalmente, este autor con esa autoría construye una relación de *autoridad*, presuponiendo que tiene un saber científico y experto sobre esa realidad y objeto del que habla.

Y, sin embargo, el proceso de escritura colectiva que implicó nuestro trabajo rompió con cada una de estas presunciones en las que se basa parte del mundo académico, pues en nuestro hacer y pensar, pudimos dar cuenta del modo en que escribimos desde la vulnerabilidad y la complicidad, sin la necesidad de mostrar nuestros textos como obras individuales o acabadas, sino como partes de una gran conversación, que sabemos que no acaba aquí, en este monográfico. De este modo, tejimos *autorías compartidas* y *autoridades colectivas*, no solo entre nosotras, sino con muchas otras que nos preceden y, por supuesto, con nuestros objetos/sujetos de conocimiento. Porque otra cuestión fundamental que derivó del trabajo de campo de muchas de nosotras –pero también del proceso de producción de conocimiento situado y colectivizado sobre el mismo– fue que la división absoluta entre el sujeto y el objeto de investigación se fue transformando, en donde *las otras* somos *las unas*. A la vez nos reconocemos diferentes, asumiendo las desiguales posiciones de poder y capitales a la hora de ser reconocidas como sujetos con voz legítima por la sociedad.

4. El feminismo como un lugar de encuentro. Investigaciones y saberes feministas acerca de la violencia

De Helene Cixous a Gloria Anzaldúa, la teoría feminista está repleta de heridas que supuran. Heridas coloniales, cicatrices de género, violaciones, abusos. Para una mujer, o un cuerpo feminizado, entrar en contacto con estos textos resulta fundamental. De pronto, una se da cuenta de que la herida, por singular y concreta que pueda parecer, (...) preexistía a su efectuación. La queja se transfigura entonces en grito de guerra.

Laura Llevadot (2022)

Durante el trabajo de escritura, lectura y puesta en común, fue poderoso ser testigo de cómo las inquietudes, las reflexiones y los saberes que atravesaban muchas de nuestras investigaciones, desde lugares y casos tan diversos, formaban parte de una misma matriz. Una matriz en la que todas nos preguntamos, de una y otra manera, acerca de lo difícil que es (re)presentar, (re)tratar y (re)conocer la violencia política y el sufrimiento social desde un lugar, la Academia, que nos generaba dudas con respecto a su posibilidad para producir espacios problematizadores con la realidad, al mismo tiempo que responsables y facilitadores con las personas –la gran mayoría de las veces, mujeres– con las que nos habíamos vinculado en esos contextos de vulnerabilidad pero también de lucha política. Cada una de nosotras había tratado de accionar un lugar diferente ante esta incomodidad o pregunta. Tenía sentido, porque cada una traía una trayectoria diferente. Pero lo que sí sucedía es que todas habíamos encontrado en la perspectiva feminista *algo* que nos permitía anclar nuestras investigaciones, sintiéndonos responsables y no alienadas de lo que escribíamos, aunque decirlo públicamente nos daba miedo. Sintiendo que, desde *eso* feminista, había un hacer y un decir diferente, que se adecuaba

más a las motivaciones y las inquietudes de una investigación que es ética y política, y que trata de ser rigurosa en la operación de dar cuenta de los ángulos muertos, las invisibilizaciones y las nuevas desigualdades que tanto la gestión de esa violencia como la investigación sobre ella producen de manera inevitable.

Os estaréis haciendo una pregunta. ¿De qué estamos hablando entonces, cuando decimos *una investigación feminista*? Para cada una fue una cosa diferente, pero siempre relacionada con las demás participantes del monográfico. Para Olatz consistió en tratar de escribir desde un nosotras silenciado. Precisamente da cuenta de ese proceso de silenciamiento sobre la tortura sufrida por las mujeres acusadas de terrorismo en el contexto del conflicto armado vasco, pero también nos da la oportunidad de reflexionar sobre los distintos tipos de silencio y su relación con las condiciones de habla, escucha y con la agencia de estas mujeres violentadas. Laura empezó escribiendo sobre *las otras*, las mujeres víctimas de violencia política en el conflicto peruano y las formas de burocratización del sufrimiento social que asume la gestión de la misma, mostrando los procesos de invisibilización y desigualdad que acarrea; sin embargo, acabó escribiendo sobre ella misma como objeto de investigación, en un autoanálisis que busca hacerse cargo de las lógicas de poder que están detrás de la producción de su conocimiento académico. Aída busca combatir los esencialismos que a veces se reproducen alrededor de las categorías femeninas, reivindicando otra genealogía descolonial y anticolonial en los estudios de memoria y desafiando las metodologías hegemónicas, para dar cuenta de cómo *las otras* son las que construyen el conocimiento sobre la violencia política que sufren en México las mujeres presas y las familiares de desaparecidas/os, y cómo ella las acompaña en estos talleres desde hace años. Yira, por su parte, reconstruye las relaciones de poder y jerarquías que atraviesan la construcción social de las memorias prescindibles o imprescindibles en el contexto de la restitución de tierras en la Colombia rural, a partir de una explicitación de su lugar como investigadora y sus inquietudes, pero también de una reivindicación de los diferentes modos en que mujeres campesinas articulan otros imaginarios y memorias sobre el territorio en su lucha política. Andrea, por su parte, busca ir más allá de la fotografía oficial en torno a los marcos narrativos de memorialización tras el alto al fuego de ETA en el contexto del conflicto armado vasco; en este ejercicio, realiza una etnografía que baja a lo cotidiano y ordinario, en donde las categorías fijas estallan en mil pedazos y se ven matizadas por la contradicción, la duda de la investigadora y la densidad de la realidad social, por la reivindicación de afectos como el placer o la alegría, y por una propuesta política y metodológica definida por la escucha vulnerable, que permite trascender la narrativa hegemónica de la víctima sufriente que trata de organizar las gramáticas morales oficiales. Finalmente, Diana, en un ejercicio íntimo de epistemología feminista delicada y lúcida, trata de dar cuenta de la experiencia de sufrimiento social de familiares de víctimas de la violencia sociopolítica en Colombia y de su materialización en una *memoria profunda* que propone

debe ser abordada desde la *trasmutación del dolor* como camino para contribuir al bien-estar de los familiares.

Quizás, lo que podría aglutinar el trabajo feminista de todas ellas es el de tratar, en el quehacer, de aprender a convertir la fatalidad y la violencia acontecida –y nuestra relación de investigación con la misma– en el *operador de una transformación* (Llevadot, 2022). Esa transformación se puede materializar de muchas maneras. Nos parece interesante, por tanto, dar cuenta de que al principio nos costó pensar qué definíamos como *investigación feminista* en términos de si lo que lo definía iban a ser las sujetos de investigación, las preguntas y posicionamientos epistemológicos o políticos de las autoras, o algún tipo de metodología, para terminar definiendo nuestro quehacer feminista también en la construcción y reconocimiento de saberes compartidos. En definitiva, la potencia de la perspectiva feminista se definió por una radical diversidad en sus maneras de ejercerla.

5. A las que zarandean: una última (o primera) invitación

Escribimos esta carta esperando que se convierta en una invitación. Una invitación a seguir el camino emprendido en este monográfico, a seguir sosteniendo esta manera de escribir, de producir un conocimiento encarnado y afectado por la realidad que aborda, por el encuentro con las “otras” –que en realidad somos nosotras–, un conocimiento que se haga cargo de la manera en que luego circulará más allá de la Academia, en cómo retorna –como un discurso experto, de verdad o de poder en la mayoría de los casos– a los espacios desde donde se comenzó a interrogar. Un conocimiento que permite otras metodologías posibles, que asume que hay otros saberes, que permite construir desde la duda y la contradicción.

Escribimos esta carta porque hay todavía un trabajo pendiente en la Academia. El de conectar nuestro conocimiento –en su producción y circulación– con las realidades sociales que vemos y que vivimos como mujeres investigadoras en contextos de violencia. Nos encontramos con un futuro esperanzador por el momento feminista que estamos viviendo, pero también tremendamente incierto, por unos discursos y políticas en todo el globo que implican fuertes amenazas y vulneraciones a nuestros derechos y los de muchas otras personas.

Escribimos esta carta a las que zarandean. A las que sacuden los mimbres de una academia logocéntrica, pero también de un sistema sociopolítico en el que prima la burocratización del dolor y el sufrimiento social, y una gestión des-agencializada y victimizadora de los sujetos atravesados por las experiencias de violencia. En el prólogo del dossier afirmamos un compromiso por estas metodologías y epistemologías feministas en la construcción de una apuesta transformadora y emancipatoria que pretende zarandear las relaciones de poder que atraviesan los campos de la justicia transicional y los derechos humanos. Este monográfico ha tratado de ser fiel a ese compromiso. Esperamos haberlo logrado de alguna manera.

6. Referencias citadas

- Anzaldúa, Gloria (1988). “Hablar en lenguas, una carta a otras escritoras tercermundistas”, en Cherríe Moraga y Ana Castillo (eds). *Este puente, mi espalda. Voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos*, San Francisco: Ism Press Inc. Editorial “ismo”. 219-230.
- Bourdieu, Pierre (2008). *Homo academicus*. Mexico: Siglo XXI.
- Jimeno, Miriam (2010). “Emociones y política. La víctima y la construcción de comunidades emocionales”, en *Mana: Estudios de Antropología Social*, 16, 1, 99-121.
- Llevadot, Laura (2022). *Mi herida existía antes que yo. Feminismo y crítica de la diferencia sexual*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Meloni, Carolina (2021). “Epístola apócrifa a un huaco retrato” en Gabriela Weiner. *Huaco Retrato*. Penguin Libros.